

tencias, la adaptación no es un aparte. Ana Diosdado parece vengarse ingenuamente de las cortapisas oficialistas de antaño y se limita a cargar las tintas en reiteradas vulgaridades (Bódale se asienta en ellas para arrancar la risa del espectador en los momentos más inoportunos) que rompen injustificadamente con el bien tramado hilo poético.

Retomar a T. Williams puede tener posibles justificaciones (todas subjetivas, desde luego), siempre y cuando se muestre la eterna esencia de un clásico. Dejar las cosas en un chato intento es asunto grave, porque cuando "sobra autor extranjero" en un país donde "faltan autores propios", significa que el momento es extremadamente crítico. No, nuestro teatro no puede permitirse lujos tan caros e inútiles. ■

MIGUEL A. MEDINA.

"Antaviana": La colonización de la sensibilidad

Es el cuarto montaje del grupo catalán Dagoll Dagon. Sus dos primeras propuestas giraron en torno a textos poéticos cuyo trasplante al escenario determinaron ya un muy concreto modo de expresión. El tercero de los títulos, "No hablar en clase", rompió con las anteriores querencias lingüísticas para mostrar, con óptimo resultado como se recordará, una realidad sociopolítica tan cara a todo el pueblo español.

Después de permanecer en la Sala Villarroel de Barcelona y en posesión de los premios Fotograma de Plata 78 y Serra D'or al mejor texto dramático, el grupo encontró su hueso —quizá no el más apropiado— en el teatro Martín de Madrid. El espectáculo está basado en algunos cuentos de Pere Calders, autor que por su exilio en Méjico durante veinte años se ha convertido en uno de los grandes desconocidos del público español. Una recopilación de estos cuentos (edición aparecida en 1968) proporcionó al grupo la justificación para retomar sus intentos poéticos-imaginativos a partir de los breves relatos.

"Antaviana", título que concreta toda la mágica abstracción del montaje, no es ni más ni menos que una palabra inventada

por un niño (personaje central de uno de los cuentos) que la supone poseedora de ilimitados poderes. "Antaviana", por tanto, es un vocablo de nuevo cuño que nada quiere decir —como la fantasía misma— y que en su misma esencia podría definirlo todo por el simple encanto que la fantasía encierra. Con esta parábola poética se camina hacia la sustitución de la palabra como determinante de una realidad política y social, para entrar en el campo del estímulo individual, a flor de piel, del melodioso susurro que la parca cotidianeidad nos impide



"Antaviana", montaje del grupo Dagoll Dagon, sobre cuentos de Pere Calders.

disfrutar; el viejo y desgarrado decorado de "estamos aquí y ahora" es reemplazado por la filigrana del colorido y la transparencia que nada concretan en su ambición de abarcarlo todo. Hacer, pues, que el teatro recobre la pérdida sonrisa ante lo desconocido. En ello subyace (aunque las raíces del montaje no deban buscarse en formulaciones típicas) la frescura de la Commedia dell'arte, el realismo de Stanislavski y tal vez la sorpresa del propio Brecht. Porque lo cierto es que cada una de las diminutas escenas —no siempre ensambladas con acierto— requiere un tratamiento diferente, sin que se rompa el "tempo" general ni quede diluida en la pura forma una conciencia crítica perfectamente definida.

"Antaviana" muestra (como un nuevo hiperrealismo pictórico-dramático) lo pequeño de

la existencia humana y lo eleva a la categoría de fundamental. Con este ir más allá de la historia (encantadoras historias las de Calders), de la pura anécdota, aflora toda una sutilísima carga de poesía, imagen y sensibilidad imaginativa. Así se avanza en el terreno de un teatro para los nuevos tiempos. Romper moldes significa asumir errores —que los hay sin escandalosa abundancia—, pero sobre todo debe reseñarse el valioso intento de quienes buscan horizontes propios, por encima incluso de los posibles resultados ante una socie-

cuando, a la vista del éxito comercial de su anterior etapa, se podría pensar que incidiría en la misma línea fácil y simple (lo cual no quiere decir, necesariamente, exenta de interés). Pero el granadino es hombre de ambiciones por encima de lo coyuntural, y hace bien. Es un artista comprometido, justamente más por su postura estética que por una eventual posición política, que no viene al caso. Y estas "crónicas" sobre la mística ciudad de Granada —cuna del cantante, por añadidura— revelan un deseo consciente de investigar y reivindicar el ascendiente árabe de buena parte de la Andalucía postergada y machacada en estos últimos siglos de "dominación cristiana". Todo el trabajo adquiere un carácter histórico, cíclico y metódico. Iniciado por ese "Canto de amanecer" ("llamada musulmana a la oración"), continuando por dos "casidas" con texto de García Lorca y sabor genuinamente morisco; para así dar paso a las creaciones contemporáneas del propio Cano, sobre las bases citadas, pero que llegan a desembocar en estas Alpujarras actuales, con sus problemas, sus vicisitudes y... sus sonoridades genuinas. Finalmente, Cano sintetiza en una expresión musical que, con reminiscencias tanto de Isaac Albéniz como de la egipcia Om Kalthoum, se acerca a la forma semi-rock, semi-sinfónica de los Triana, Imán y demás grupos jóvenes andaluces. El cantante, por lo demás, se encuentra a gusto en este cúmulo de sensaciones, hace gala de una potente y apropiada voz, y el conjunto del disco resulta muy convincente.

Y si lo árabe es un tema recurrente en Carlos Cano, lo es también en Elisa Serna, aunque de manera mucho menos natural. Donde la cantante castellana realiza sus mejores hazañas es precisamente en la recuperación del folklore central, tarea que emprende muy favorablemente en "Regreso a la semilla", primera parte (2). Con una especial dedicación dirigida al casi siempre olvidado Agapito Marazuela, las tonadas populares, jotas, seguidillas, etc., trenzadas a través de bandurrias, dulzainas, laúdes, castañuelas, vuelven a sonar como lo que siempre fueron: expresiones auténticas, alegres, optimistas pese a todo, de un pue-

dad que les puede contemplar con mayor o menor grado de comprensión. ■ M. A. M.

DISCOS

Carlos Cano, Elisa Serna: Moros y cristianos

"Crónicas granadinas", el nuevo disco de Carlos Cano (1), supone una decantación. El autor de la popular "Murga de los currelantes" ha escogido el camino de la búsqueda y del riesgo. Es muy de agradecer su gesto,

(1) Movieplay-Gong 17.1403/3.

(2) Edigsa EDX 73311.